

KAREN DUKESS

EL ÚLTIMO LIBRO

Traducción de Mariana Hernández Cruz

 Planeta

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de portada: iStock by Getty Images

Título original: *The Last Book Party*

© 2019, Karen Dukess

Traducido por Mariana Hernández Cruz

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: febrero de 2020
ISBN: 978-607-07-6548-3

Primera edición impresa en México: febrero de 2020
ISBN: 978-607-07-6523-0

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas —vivas o muertas— es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México — *Printed and made in Mexico*

Para Steve, Joe y Johnny

Pero ¿cómo podrías vivir y no tener
una historia que contar?

FIÓDOR DOSTOYEVSKI
Noches blancas

PRIMERA PARTE

Junio de 1987

Mientras avanzaba por el camino de tierra que llevaba a la casa de verano de Henry Grey, me recordé que me habían hecho una invitación personal. Hombres en camisas de lino arrugadas y pantalones flojos, así como mujeres de faldas y vestidos vaporosos daban vueltas por el pasto descuidado frente a la casa estilo colonial de Nueva Inglaterra. Desde el océano, a pocas hondonadas de distancia, llegaba un viento suave, pero constante, que hacía flotar las servilletas como plumas.

Miré mis alpargatas y deseé haberme puesto tacones. Escuché que una mujer decía: «El ego de ese hombre es tan grande como su lienzo». Más lejos, detrás de ella, oí la voz atronadora de un hombre: «Lo que debí decir era “Edna St. Vincent Millay”. ¿Y qué dije? “¡Edna St. Vincent Mulcahy!”». El que hablaba y quienes lo escuchaban estallaron en carcajadas. Avancé unos pasos hacia la multitud. Un hombre elegante con un mechón de pelo blanco agitaba su copa y le decía a su acompañante: «Yo sabía que Bob Gottlieb iba a abrir paso al cambio, pero tenía la esperanza de que fuera algo más trascendente que permitir la publicación de la palabra *joder* en *The New Yorker*».

Los invitados se comportaban justo como imaginé que lo harían. Era la élite veraniega de Truro, los escritores, editores, poetas y artistas que dejaban sus departamentos en Manhattan y Boston cerca del Día de los Caídos y se quedaban en Cape Cod hasta septiembre. Yo sabía de ellos por una página de sociales que alguna

vez leí en el periódico local y también por los chismes de mis padres y sus amigos, a quienes les encantaba compartir esta época con intelectuales famosos, aunque sus caminos se cruzaran solo en raras ocasiones.

Esa gente pasaba el verano en casas deterioradas, con techos de teja y porches cerrados con ventanales, en lugar de las casas remodeladas o nuevas con terrazas abiertas como la que mis padres compraron después de años de haber rentado. Jugaban backgammon, bebían ginebra y se reunían en infinitos torneos de tenis, no en *Olivers'*, en *Wellfleet*, donde mis padres y sus amigos pagaban por hora, sino en sus propias canchas maltratadas. Salvo algunas excepciones, no eran judíos como nosotros. Hasta donde yo sabía, ni siquiera iban a la playa.

Me abrí camino hacia un grupo de gente que rodeaba una mesa de madera y me decepcioné un poco cuando descubrí que no había nada más que un plato de huevos cocidos y un tazoncito con una mezcla de nueces. ¿La escasa comida explicaba por qué todos se veían tan delgados, con el cuerpo tan recto como su cabello? Yo no consideraba tener sobrepeso, solamente era un poco blanda en los costados, pero al estar entre estas personas angulosas con mi vestido floral *Laura Ashley* de torso entallado, me sentí vergonzosamente curvilínea.

Consciente de que estaba de pie a solas, me acerqué a una vieja mesa rústica en la que dos hombres pelaban las ostras de forma tal que sugería una sana competencia. Ambos estaban bronceados y eran robustos, pero uno era joven, quizá solo unos años mayor que yo, de cabello castaño brillante ajustado en una cola de caballo; el otro era más viejo, con cabello oscuro ondulado. Cuando el hombre mayor alzó la mirada, vi que era *Henry Grey*. Se veía más amable y más guapo que en la intimidante fotografía de la portada de su recopilación de columnas, *My New Yorker*.

Me presenté con él. Me miró perplejo.

—¿De *Hodder, Strike and Perch*? —dije—. ¿La secretaria de *Malcolm Wing*?

Henry dejó su cuchillo para pelar ostras y levantó las manos en el aire.

—Por Dios, Eve Rosen, ¡existes! El único ser humano de verdad que han contratado en Hodder, Strike.

La escandalosa bienvenida de Henry me tranquilizó. El pelador de ostras más joven me extendió la mano, todavía dentro de un grueso guante de lona.

—Me da gusto saber que existes —dijo con una sonrisa fácil y franca—. Yo soy Franny, hijo y empleado no remunerado de Henry.

Estreché su guante húmedo. Unos pedazos de caparazón de ostra se me clavaron en los dedos cuando me apretó la mano. Sus ojos eran de un verde impresionante.

—También me da gusto saber que existes —respondí.

El sol había empezado a deslizarse en el cielo y proyectaba una luz de miel sobre todas las cosas. Detrás de Franny, parecía como si las ligeras hojas de pasto se encendieran.

Nunca pensé que Henry pudiera tener un hijo, ya que nuestra correspondencia siempre había sido estrictamente profesional. Sus cartas, que llegaban por correo postal incluso cuando él estaba en Manhattan, estaban redactadas en una máquina de escribir, en pequeñas esquelas de papel color beige con las iniciales HCG grabadas en tinta negra. Solo escribía pocas líneas, por lo general acerca de algún asunto mundano, como estados de cuenta faltantes por regalías, pero siempre con gran ingenio y un sarcasmo mordaz contra la falta de atención de Malcolm. Era emocionante intercambiar correspondencia con alguien que escribía en *The New Yorker*, aunque en nuestra oficina lo respetaran tan poco, debido a sus memorias interminables que contrató un editor que se había jubilado hacía mucho y que aún no se publicaban. Yo pasaba un tiempo considerable confeccionando las notas para responderle a Henry, esforzándome por serle útil y, al mismo tiempo, parecer divertida e inteligente de forma natural. Nuestra correspondencia era lo más destacado de mi trabajo.

Henry me ofreció una ostra.

—Para ti, la única empleada de Hodder, Strike and Perch que se merece un molusco tan fresco.

La acepté. Me llevé el molusco a la boca, consciente de que tanto Franny como Henry me observaban mientras la sorbía ruidosamente, aunque de la manera más delicada posible.

—¿Salada y dulce? —me preguntó Henry.

Asentí y me limpié la boca. Estaba sorprendida por el parecido de ambos.

—Verlos juntos es como pasar del Henry del pasado al Franny del futuro. Les han de decir eso todo el tiempo.

—Y verte a ti es como darle un trago a la fuente de la juventud —respondió Henry—. ¿Otra ostra?

—Okey, Henry, tranquilízate —dijo Franny.

—¿Siempre le dices Henry? —pregunté mientras tomaba la segunda ostra.

—Solo cuando es necesario.

Henry metió el cuchillo en la ranura de una ostra nueva y la abrió con facilidad. Arrojó la mitad vacía a una cubeta y con la mitad llena en la mano enguantada cortó unas cuantas láminas de la carne de adentro antes de dejarla sobre un plato de hielo, en un extremo de la mesa. Me miraba mientras le decía a Franny:

—Hijo mío, esta señorita es una maravilla de eficiencia. Y no es para nada lo que me esperaba. Cuando me enteré de su relación con Truro y la invité a que se reuniera con nosotros, esperaba conocer a una solterona esquelética de suéter.

Franny me miró mientras negaba con la cabeza y apuntaba a su padre con el cuchillo:

—Es una verdadera reliquia.

Me acomodé a un lado de la mesa para que otros pudieran alcanzar las ostras, pero lo suficientemente cerca para continuar la conversación. Hablar con Henry en persona era más desafiante que en

papel, pero estaba decidida a seguirle el paso. Y era más fácil que hablar con Franny, quien me ponía nerviosa con su apariencia.

—¿Por lo general la eficiencia es poco atractiva? —le pregunté a Henry.

—Eso había pensado siempre. —Asintió, todavía sonriendo.

Franny se quitó los guantes para pelar y los echó sobre la mesa.

—Bueno, hora de un descanso —dijo con una sonrisa deslumbrante—. Vamos, Eve, te muestro la casa.

Henry miró a Franny y después a mí.

—Sí, claro, desde luego, reúnanse con nuestros jóvenes camaradas. Pero, Eve, en serio, si alguna vez necesitas trabajo, estoy en busca de una asistente de investigación eficiente para el verano.

Me reí. No podía decirlo en serio.

—Sería un traslado complicado desde Nueva York, pero lo tendré en mente.

Seguí a Franny colina arriba hacia la casa. Mirando atrás, vi que Henry nos estaba observando. Lo saludé con la mano y él se llevó el cuchillo a la frente en un saludo veloz.

Franny se detuvo afuera del porche cerrado.

—Entonces ¿tú también eres escritora?

Se quitó la liga y el pelo le cayó ondulándose hasta rozarle los amplios hombros.

—Me gustaría. Pero es difícil hasta que sabes qué quieres decir.

—¿Sí? —preguntó.

—Me imagino que para ti es fácil, porque creciste con él y todo.

—Nop, los libros no son lo mío.

Lo dijo como un hecho simple que me costó trabajo creer tomando en cuenta quiénes eran sus padres. Yo estaba segura de que, si mis padres hubieran sido escritores en lugar de un contador y una decoradora de interiores de medio tiempo, estaría más cerca de convertirme en escritora.

Franny inclinó la cabeza. Escuché el ritmo saltarín de «Walk Like an Egyptian».

—Creo que están bailando —dijo Franny.

Me condujo adentro por el porche; habían recorrido los muebles contra las paredes y enrollado las alfombras. Un grupo más joven bailaba descalzo en la sala y el comedor. La cocina estaba llena de gente que platicaba y bebía cerveza en pequeños grupos o sentada sobre la barra. Parecía que a todos les daba gusto ver a Franny; le estrechaban la mano, le tocaban el pelo o lo envolvían en abrazos. Una niña se levantó, lo abrazó por la cintura y lo apretó hasta que él la cargó sobre sus hombros y la llevó bailando por la cocina. Cuando la bajó, ella se fue dando saltos y él giró hacia una viejita arrugada de cabello gris amarrado en un chongo. Tenía pintura en las manos y unas sandalias Birkenstocks se asomaban por debajo de su larga falda negra. Franny apoyó las manos sobre sus hombros, se inclinó y le prometió, en voz alta para que pudiera escucharlo por encima de la música, que iba a regresar enseguida para fotografiar su obra.

Me presentó con algunos amigos y primos como «una escritora de Nueva York, amiga de Henry»; aceptaban tan rápido la información que dejé de tratar de explicar, por encima de la música, que solo era una secretaria editorial. Por mucho que quisiera ser escritora, mi hábito de comenzar historias y destruirlas después de unas cuantas páginas no me daba el derecho a llamarme como tal.

—Ella es Rosie Atkinson, videoartista —dijo Franny mientras besaba la mejilla de aquella mujer joven y pequeña que tenía el cabello negro azabache cortado al estilo bob y los labios pintados de magenta—. ¿Qué tal va la instalación?

Antes de que pudiera responder, un hombre angelical de lentes redondos y playera deslavada de Brooks Brothers tomó a Franny por detrás y le gritó: «¡Franster!».

Franny se dio la vuelta.

—¡Hombre! —Se volvieron a abrazar—. Eve, recuerda este nombre: Stephen Frick. Esta criatura tan chistosa va que vuela para convertirse en un compositor famoso.

Claramente, la creatividad era la moneda de este grupo. Cada presentación de Franny incluía algún dato artístico: dramaturgo prometedor, saxofonista de jazz, director de galería, actor. Al parecer ninguno de ellos se estaba formando profesionalmente; ningún estudiante de derecho o de medicina, consultor junior ni ejecutivo de contaduría como los que encontraba entre los hijos de los amigos de mis padres. Después de años de vacacionar en Truro, más o menos sabía de esta gente, pero jamás imaginé que iba a departir con ellos, ya no digamos que me recibirían como si perteneciera a su círculo.

La fiesta daba una sensación de sencillez e improvisación. Dos niños en overol corrían descalzos por la cocina, uno de ellos sosteniendo una bolsa de bombones. Tres mujeres estaban sentadas en los empinados escalones de madera de la escalera trasera, inmersas en una conversación aparentemente seria. Tomé una Corona de una tina vieja que había sobre la barra y le di unos sorbos rápidos. Alguien subió el volumen de la música y Franny empezó a bailar mientras nos empujaba suavemente a mí y a varias personas de la cocina a la sala. Al principio yo bailaba con un poco de incomodidad, arrepentida de haberme puesto un remilgado vestido de algodón. Pero cuando me terminé la primera cerveza, empecé a relajarme. Pateé mis sandalias a un rincón y volteé hacia el centro de la habitación; me gustaba encontrarme con la mirada de Franny algunas veces y que me diera vueltas, aunque no estaba segura de si bailaba conmigo o con todos. Conforme oscureció, más gente fue entrando a la casa, hasta que quedó repleta.

En la sala, Henry bailaba con una mujer delgada de cuello largo, quien llevaba puesto un vestido halter que llegaba al suelo, con estampado de remolinos anaranjados y verdes, su cabello encanecido se balanceaba sobre su espalda en una trenza gruesa. Supuse que era su esposa, Tillie Sanderson, cuyos poemas había tratado de comprender cuando estudiaba en Brown. Henry, Tillie y el resto de la gente mayor parecían ligeros y felices de una manera que no

solo los hacía verse más jóvenes que mis padres —aunque evidentemente tenían la misma edad—, sino atemporales, como si ser escritores y artistas los librara de algo tan convencional como envejecer. Henry y Tillie, riendo, intentaban hacer el paso *bump*. Traté de imaginarme a mis papás bailando al son de los Talking Heads o haciendo el *bump*, pero me fue imposible. Justo en ese momento, Franny apareció y me tomó de las manos.

—¿Qué te da tanta risa? —preguntó mientras me daba vueltas por debajo de sus brazos.

—Todo esto —respondí. Claramente él no tenía idea de qué estaba hablando.

Cada verano, mis papás también hacían una fiesta. Pero en lugar de bailar descalzos con las alfombras enrolladas y de que hubiera viejitas con Birkenstocks, hacían una fiesta de coctel que exigía establecer rigurosamente la lista de invitados para calcular el número de miniquiches que se necesitaban para garantizar cuatro por persona; ataviarse con trajes y vestidos a la medida de Filene's, del centro comercial Chesnut Hill, y toallas para manos recién planchadas, además de platitos con jabones en forma de caracol en cada baño.

Iba de vacaciones a Truro desde que era niña, y cada verano era tan predecible como las mareas. Los días soleados íbamos a la playa Ballston, donde extendíamos nuestras toallas al lado derecho de la entrada, nunca al lado izquierdo. Si el océano olía mucho a algas, íbamos a Corn Hill a nadar en la bahía, donde, cuando paraba el viento, era fácil hacer saltar un guijarro seis veces sobre la superficie cristalina del agua. Mis padres desdoblaban sillas de playa y leían; mi madre leía sagas familiares de múltiples generaciones, sobre migraciones del *shtetl* a Scarsdale; mi padre, la última biografía presidencial del Book of the Month Club o las tablas de acciones. Mi hermano Danny y yo nos sumergíamos para sacar cangrejos violinistas o nadábamos. Conforme crecimos, el patrón se fue ajustando sin cambiar mucho en realidad. En lugar de jugar en el agua, yo me perdía en mis novelas, mientras Danny resolvía los

problemas de las columnas de juegos matemáticos del *Scientific American*.

La última noche de nuestras vacaciones, comprábamos langostas y las hervíamos en una olla negra enorme. Cuando regresábamos a nuestra casa de Newton, nos sacudíamos la arena de la ropa de playa y, como si alguien hubiera encendido un interruptor, re-comenzábamos nuestra vieja rutina: trabajo, escuela, cena a las seis, las alabanzas de mis padres al genio matemático de Danny y su ligera molestia por mis ensoñaciones librescas. Este molde, que habíamos usado desde hacía tanto tiempo, persistió durante años.

Desde entonces, mis padres han estado obsesionados con la trayectoria de Danny en su posgrado en el Instituto de Tecnología de Massachusetts; sus esperanzas de grandeza familiar yacían totalmente en él, mientras esperaban a que yo abandonara el sueño de convertirme en escritora y me concentrara en ir a la escuela de derecho u obtuviera un grado en enseñanza. Últimamente yo también había estado dudando cuál era mi camino, me preguntaba cómo podía tomar en serio una ambición que todavía tenía que rendir resultados más evidentes que las pilas de papeles desperdigadas por mi habitación.

Sin embargo, al ver bailar a Franny con el cabello largo flotando a su alrededor me sentí embargada por una sensación de posibilidad. La creencia tímida de que yo también podía tener una vida creativa. Era embriagador haber encontrado un camino de acceso a la órbita de Franny y este otro Truro. Y, ahora que había llegado, no quería dejarlo ir.

A la mañana siguiente desperté tarde con el goteo de una lluvia que había caído en la noche. Una densa neblina flotaba en el aire ocultando el manglar y el puerto más allá. La manera en que la niebla envolvía la casa se sumó a la sensación de que la noche anterior había sido un sueño que solo dejó imágenes vívidas pero inconexas: un viejo que se parecía a Albert Einstein me arrastraba a un tango improvisado; la multitud apiñada en el porche cerrado mientras Henry recitaba un poema espeluznante y fascinante a la vez, «La incineración de Sam McGee»; yo caminando en el segundo piso en busca de un baño y, en cambio, llegando al cuarto de Henry y Tillie, que estaba adornado con tantas velas que parecía un altar.

Mientras bajaba las escaleras hacia la cocina, escuché a mi mamá hablar por teléfono:

—Sí, la fiesta de Punta del Verano. Sí, *punta*, como «Punta del Este», me imagino. Supongo que esa es su idea de humor. No, no me dio detalles. Regresó muy tarde.

Mi mamá querría saber sobre la fiesta pero, probablemente, iba a fingir que tenía poco interés. No ocultó su sorpresa cuando se enteró de que me invitaron; de hecho, dejó claro que pensaba que Henry lo había hecho con la expectativa de que yo no fuera. Su reacción era acorde con su extraña fascinación por los amigos de Henry y Tillie: los amaba y los despreciaba al mismo tiempo.

Cuando empecé a trabajar en Hodder, Strike, pareció impresionada por mi relación con él, pero nunca dejaba de contarme

cuando leía algo acerca de que *The New Yorker* ya había pasado su mejor momento. Me mandó artículos cuando se fue el legendario editor William Shawn y circuló con pluma roja donde se citaba a Henry como un ejemplo de lo rancia e indulgente que se había vuelto gran parte de la redacción de la revista. Recientemente me contó, con una alegría apenas disimulada, que la revista *Spy* había ridiculizado brutalmente la serie de tres partes que Henry escribió sobre la autopista interestatal.

—Dicen que nunca ha descubierto un dato del que no se haya enamorado, que es un *datofilico* —dijo.

—¿Desde cuándo los decoradores de interiores de los suburbios leen *Spy*? —le pregunté.

Ella recibió mi golpe bajo con el ceño fruncido.

—Me gusta mantenerme informada —continuó—. Un cliente me la dio. Su yerno vende espacios publicitarios ahí.

Cuando entré a la cocina, mi mamá ya había colgado el teléfono. Sobre la mesa había una canasta con panqués de mora azul.

—¿Te la pasaste bien anoche? —me preguntó mientras metía platos en el lavavajillas.

—Mucho.

Me serví una taza de café y salí a la terraza para evitar sus preguntas. Más tarde le iba a contar algunos detalles, pero por ahora quería saborear la sensación de haber estado en la fiesta. Para mí era extraño haber preferido quedarme en una fiesta en lugar de regresar temprano a mi casa para leer.

La niebla se iba levantando lentamente, revelando las colinas de pasto agreste y bayas que descendían hasta el pantano, donde muy pronto pude ver charcos de agua grisácea y plumosas islas de hierba. Mientras sorbía mi café, las casas del otro lado del manglar aparecieron a la vista; surgían de la neblina como imágenes de una Polaroid aclarándose. Me encantaba la manera tan gentil como cambiaba el clima por las mañanas, como si te evitara la impresión

de despertar a un día claro y brillante y te tomara de la mano para conducirte tranquilamente fuera de la nube del sueño.

Un coche se estacionó en la entrada de grava; habían llegado por mi mamá, que se iba a su clase de aeróbics en Wellfleet, lo que significaba que ya podía entrar a desayunar sin que me interrogara. Cuando escuché que se cerraba la puerta principal, entré a la cocina.

Mientras pelaba el papel de un panqué, mi mamá asomó la cabeza de nuevo. Se veía tan arreglada como siempre, con una banda de toalla rosa que mantenía el cabello en su lugar.

—Papá salió a pescar. ¿Serías tan amable de ir a comprar leche descremada y aceite de oliva? Podrías ir a Jams, es muy agradable.

Me sorprendió oír algo bueno de Jams, una tienda de la que varias personas habían hablado mal en la fiesta por sus precios altos y su desafortunado surtido para atraer al contingente cada vez mayor de familias «yuppies» que vacacionaban en Truro. Había una nostalgia común por Schoonejongen's, la vieja y polvorienta tienda de abarrotes que Jams había reemplazado, y una decepción generalizada, que yo compartía, por que hubiera cerrado la deteriorada oficina de correos de la colina, con sus carteles de «Los más buscados del FBI» junto a la puerta, y la hubieran reubicado en un anodino edificio cuadrado al lado de Jams. Estos cambios no se habían tomado como mejoras —por lo menos, la gente que iba en el verano no los veía así—, aunque quejarse de Schooney's, como se le conocía a la tienda vieja, había sido un ritual de Truro durante décadas.

Era imposible ir a comprar a Schooney's sin que te gritara Ellie Schoonejongen, una mujer sosa de cabello rubio blanquecino ralo que se pasaba los días apoltronada junto a la caja registradora, quejándose de que los clientes compraban mucha o poca mercancía. Una vez que mi mamá y yo pasamos a comprar fruta para ir a la playa, Ellie nos gritó: «¿Solo tres duraznos? ¡Llévense cuatro!». Cuando mi mamá tomó otro para complacerla, Ellie resopló y dijo

en voz baja que para la gente que iba a pasar el verano, nada era lo suficientemente caro. A la multitud estacional de Truro le encantaba la falta de pretensiones de Schooney's, así como la ironía del letrero de CENTRO DE TRURO de la Vía 6, que marcaba un diminuto asentamiento de edificios: el edificio de tejas ligeramente en ruinas que ahora era el hogar de Jams, la oficina de correos de apariencia burocrática, una oficina de bienes raíces que se encargaba de las rentas del verano y una modesta tienda de revistas que se llamaba Dorothy's, cuyo propósito más importante era asegurarse de que todo visitante de verano pudiera conseguir una copia de la edición dominical de *The New York Times*.

Lo que atraía a la gente a Truro era su belleza prístina y franca. Se encontraba al sur de Provincetown, famoso por sus bares gay, restaurantes y galerías de arte. Truro, en cambio, era el pueblo más rural de Cape Cod, y más de la mitad del pueblo albergaba grandes bosques protegidos, dunas de arena y playas vacías de la Costa Nacional de Cape Cod. El resto del pueblo, que se extendía solo unos cuantos kilómetros del océano hasta las aguas más tranquilas de la bahía, eran manglares, colinas ondulantes y caminos sinuosos, algunos pavimentados y otros poco más que senderos de tierra con baches, a lo largo de los cuales había casas estilo colonial de Nueva Inglaterra y casas de verano más nuevas.

En cuanto abrí la puerta-mosquitero de Jams, percibí el aroma de pan dulce recién horneado. La tienda era reluciente y limpia, con pisos lisos de madera de tablones amplios. Además de las verduras básicas, ahora los estantes exhibían lujos como quesos Camembert y Brie, alcachofas marinadas y aceitunas importadas. Atrás, añadieron un delicatessen en el que ofrecían pollo rostizado, baguettes y un menú de sándwiches con nombres de las playas de Truro: el Corn Hill (por el lugar donde, como sabe todo residente de Truro, Myles Standish y su grupo de peregrinos embarcaron antes de dirigirse a Plymouth) era de pavo con ensalada de col. Cuando vi a unas mujeres atléticas que llevaban bolsas de playa

de ratán nuevo y ordenaban el pollo Marbella frío y ensalada de pasta al pesto, comprendí por qué a mi mamá le gustaba Jams y también por qué la noche anterior Henry había declarado que nunca iba a poner un pie en ese lugar.

Después de localizar la leche y el aceite de oliva, di otra vuelta por la tienda con la esperanza de encontrar a Franny, aunque sabía que era tan poco probable como el hecho de que tuviera alguna oportunidad con él. Evidentemente era una especie de don Juan, pero no podía evitar querer verlo otra vez. No fueron solo sus hermosos ojos y su sonrisa o la manera casual en que me sacó a bailar. Lo que también me hizo sentir radiante fue su calidez y que me aceptara de inmediato en su grupo, no solo como si perteneciera a ese ambiente, sino como si fuera la escritora que él pensaba que ya era. Quería regresar a esa casa, pero sin todos los invitados. Estaba repleta de libros y revistas, cuadros y fotografías, llena de objetos seleccionados con cariño, los cuales tenían una historia entrañable que contar y no estaban solo para combinar con el resto de la decoración.

Antes de regresar a casa, me detuve en la Biblioteca Memorial Cobb, un poco más allá del centro del pueblo. Alva Snow, la bibliotecaria de siempre, era una de mis personas favoritas de Truro. Ella, que se veía mucho más joven que sus setenta y dos años, había pasado toda su vida aquí. Sabía todo de todos, no solo de los residentes permanentes, sino también de los visitantes de verano, a quienes llamaba «foráneos» despectivamente. Durante la mayor parte de mi infancia, vi a Alva de manera muy similar a como veía el viejo mobiliario de la biblioteca, que constaba de una sola habitación: gastado, cómodo y no particularmente memorable. Sin embargo, el verano antes de que entrara a la universidad, después de que ella se diera cuenta de que yo era una de las pocas personas que visitaban la biblioteca tanto en los días soleados como en los nublados, empezamos a tener conversaciones más largas, que siempre eran inconexas y divertidas. Hablábamos de libros, por supuesto;

quizá por eso me sentía más cómoda con ella que con la mayor parte de las niñas de preparatoria que conocía, pues estaban más interesadas en discutir sobre programas de televisión como *Dallas*. A Alva le encantaban las novelas de detectives de Ngaio Marsh y P. D. James, y la poesía francesa del siglo XIX, mientras que a mí me gustaba perderme en novelas largas de reputación literaria variable: cualquier cosa desde *El pájaro canta hasta morir* hasta *Mi Antonia*. Para ser bibliotecaria, por no mencionar su edad, podía ser sorprendentemente infantil y boba. El verano posterior a mi primer año de universidad en Brown hablamos de cuánto queríamos creer en la historia apócrifa de que el alcalde de Providence, Buddy Cianci, planeaba casarse con alguien de nombre Nancy Ann para que pudiera presentarla en el parlamento de Rhode Island como «la estimada Nancy Ann Cianci». Cada vez que decíamos eso, moríamos de risa; Alva una vez se rio tanto que le dio un hipo incontrolable.

Cuando entré a la mohosa biblioteca, Alva estaba en su escritorio tratando de separar dos páginas de un libro de dibujos.

—¿Vuelvo más tarde o va a ser breve la inminente diatriba sobre las maldades del chicle?

Alva dejó el libro y sonrió.

—Justo me preguntaba cuándo aparecerías. Por favor, dime que por fin hiciste planes para quedarte un verano completo.

—No, solo un fin de semana largo —respondí mientras tomaba asiento en la mecedora de madera junto a su escritorio—. Vine para asistir a una fiesta en casa de Henry Grey. Es la primera vez que lo veo en persona. ¿Cómo es que no sabía que tenía un hijo?

Se quitó los lentes y los dejó colgando sobre su pecho de la cadena que llevaba alrededor del cuello. Cruzó las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia mí.

—La trama se vuelve más interesante —afirmó.

—¿Qué sabes de él?

—Era un niño encantador, según recuerdo. No era un gran lector, la verdad, pero muy buen artista. Hizo su primera exposición

de fotografía en esta misma sala cuando tenía quince. Retratos de pescadores que él imprimió. No tenía mal ojo.

—Tampoco está mal para mirarlo —dije.

—Ya sabes lo que dicen acerca de juzgar un libro por su portada —dijo con una sonrisa astuta.

—Como eres bibliotecaria, voy a dejar que caigas en ese lugar común.

Recordé que había dejado la leche en el coche y le dije que tenía que irme para llevar las compras a casa. En respuesta, tomó un viejo tomo de pasta dura de su escritorio, abrió la contraportada y selló la tarjeta de devolución que había en la última página. Era uno de mis favoritos, *El castillo soñado* de Dodie Smith.

—¿Cómo es que siempre le atinas? —pregunté hojeándolo—. Lo leí hace años y me encantó.

Le extendí la mano para regresarle el libro, pero ella no lo tomó. Se volvió a poner los lentes y me miró por encima del armazón:

—Bueno, entonces, vas a disfrutar volver a leerlo.